

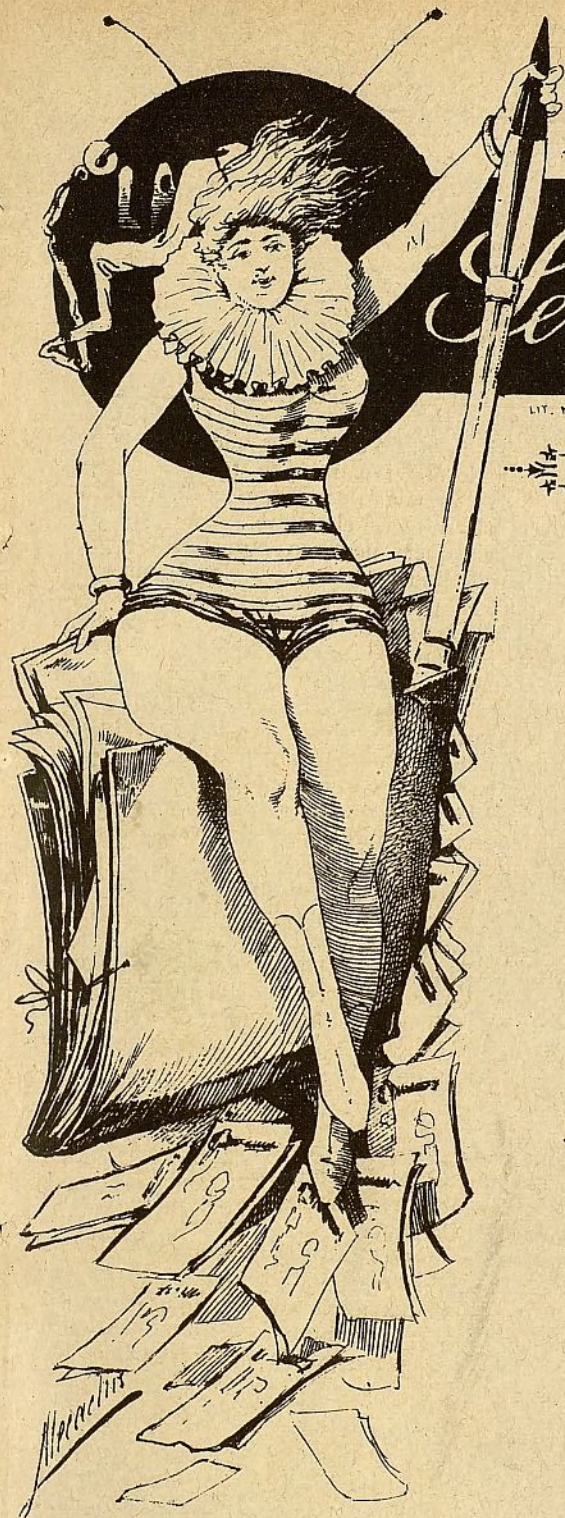
Año III. Barcelona 1.º de Marzo de 1889 N.º 92

Semana Cómica

LIT. MIRALLES. UNION. 17.

Redacción: Vertrallans, 3.-1.º

ISAAC PERAL



Si triunfa en la batalla colosal
que va á empeñarse entre el Océano y él,
Peral se hará inmortal
y el mundo podrá ver como un *Peral*
se cubre de laurel.

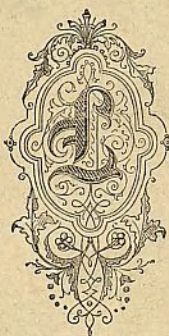
Ayuntamiento de Madrid

SAL
DE
CARDU-
NA

próximo)

SUMARIO

TEXTO: — *La semana* por J. Guillén. — *Mesa revuelta*, por J. de la Cruz Ferrer. — *En el baile de máscaras*, por Florentino Llorente. — *Los mártires del trabajo*, por Emilio de Motta. — *Entre comparsas*, por E. Sancho Montaud. — *Guapas y feas*, por F. Ulacia. — *La prensa de Madrid* — *El Globo*, por A. Corión. — *Oriental* por Antonio Beltran Morente. — *Viaje de boda*, por F. de A. Gimenez Moya. — *La fortuna* por Daniel Blanco. — *El licor de la verdad*, por Eduardo García. — *Chirigotas Pasatiempos*.
 GRABADOS: — *Isaac Peral* por Escaler. — *Actualidades* por Cilla. — *Apellidos barceloneses*, por Escaler. — *Pornografía teatral*, por Mecáchis. — *Venganza frustrada*. — *Armonía periodística* por Escaler. — *Reformas militares*, por Clapera.



LA SEMANA

Verdaderamente, se necesita mucho estómago y más fuerza de voluntad aún, para arrojarse á escribir una revista de la última semana.

Los bailes de máscaras nos han dejado hechos una lástima, un despojo, de puro reventados.

¡Ya se vé! ¿Cuál es el individuo joven y bien parecido que no concurre á algún baile? Nadie; no hay quien se resista á semejante placer, ni quien para disfrutar de él, no ande unos días por esas calles del demonio, hecho un basilisco, buscando algún mortal feliz que posea una pirulera más ó menos vetusta y vergonzante, para apoderarse de ella con la alegría del que en el lodazal eterno de la Puerta Ferrisa, pongo por calle, descubre ante su vista un pedacito de terreno firme en donde asentar el pié.

Los jóvenes imberbes deben, sin embargo, andarse con mucha cautela en esto de los bailes, pues que el bailoteo suele acabar despillando el producto de un mes de cortar telas y cintas sobre el mostrador de una tienda, más ó menos cercana á la calle de la Boquería.

Y, propósito de tiendas: el otro día, ó mejor, la otra noche, á cosa de las once, Querubín, un chico que con la vara de medir ensarta los corazones de las modistas candorosas, se nos presentó en la redacción, con la cabeza al aire y un bulto bajo el brazo. Iba al baile.

—¿Teneis por ahí algunas SEMANAS viejas?

—No, chico; no hay en casa más papel que el recibo del casero.

—Entonces prestadme una tohalla.

—¿Vás á vestirme de moro?

—No: es para liarla dentro de la badana de la chistera que aquí traigo, que, como pertenece á mi principal, me está un poquito grande.

Al principio no eran más que unos pocos, pero la Naturaleza, que con todos obra por igual y es enemiga de privilegios, ha metido la pata y ha arreglado el asunto.

—¿Pues qué? —pensaría esta buena señora, no han de poder admirar á la Nevada más que los que aún poseen veinte pesetitas? ¡No señor!

Y dicho y hecho: la buena mamá nuestra nos mandó otra nevada, tan blanca como económica, de la que pudimos disfrutar todos los mortales, deteriorando con ella el crédito de algunos profetas locales, que ya auguraban la próxima llegada de la primavera.

A nosotros nos causó un disgusto la tal nevada, pues para aquel día teníamos proyectado lucir nuestra habilidad y aseo, echándonos á la calle en un velocípedo de esos que roban corazones y atropellan transeuntes al rítmico són de la trompetilla, y como las calles estaban húmedas, resolvimos privar al público de nuestra presencia para no enlodarnos las medias que habíamos alquilado, color de vientre de burra joven, para hacer visibles nuestras contorneadas piernas.

¡Cómo ha de ser!

—¿Es verdad que ya no existe?

—¿Quién? ¿el Archiduque?...

—No, hombre: el arco, también *archi*, de la Plaza de Cataluña.

—¡Ah!... no; el otro día retiraron los últimos maderos de su esqueleto.

—¿Y no le han levantado ningún monumento o

—Si señor; un montón de pedruscos y barro que ni Dios lo recoge en media docenita de lustros.

Ya se habrán Vds. fijado en que estos días los periódicos barajan que es un primor, un par de noticias sumamente interesantes. Primera: que el Ayuntamiento que nos protege ha resuelto levantar un panteón que sea la sepultura de los catalanes ilustres, y segunda que entre los cimientos de una casa en derribo de la calle de Gigantes, se ha hallado un lienzo de muralla romana.

Si lo del panteón se lleva á cabo, vamos á tener un disgusto, pues podemos asegurar debidamente informados, que hay algunos que dejándose llevar de su entusiasmo por nuestro

Ayuntamiento de Madrid

egregio é ilustre Alcalde, piensan dejarle seco uno de estos días, con la mejor intención del mundo.

¡Ya se vé! ¿Quién más ilustre que el señor Rius y Taulet y, por lo tanto, más propósito para inaugurar el panteón?

Respecto á lo del lienzo, no hacemos más que repetir lo que nos dijo un vecino nuestro, padre de cinco ó trece chiquillos:

---Miren Vds: yo soy un padre muy desgraciado.

---Bien ¿y qué?

---Que venía á ver si Vds., como periodistas, pueden decirme donde se venderá ese lienzo que han encontrado, porque yo tengo, no sé si diez ó doce retoños, y como todo lo rompen, les haría ropa de *eso*: de *lienzo*... de *muralla*.

JOSÉ GUILLÉN BLANCA.



MESA REVUELTA

mis manos pecadoras llega un folleto, en cuyas cubiertas de color de canela se lee: *José Pons Sans*, en la parte superior.

Y en medio, con caracteres más gruesos: ANTÚNEZ.

¡Canela!... Es decir... puede que me equivoque. No sé si aquel es color de canela ó de *almendra tostada*... ¡No! de *eso* no será, porque la tostada vá dentro.

Dejemos el color, (que siempre es el *del cristal con que se mira*), y pasemos á examinar el sabor... El sabor clásico que tiene el folleto.

Así, á primera vista, y según la disposición de la citada cubierta, parece que vá á darse *contra* un poema.

Pero después, cuando el temerario lector vuelve la primera hoja, observa con regocijo que no ha de tropezar con cantos de ninguna clase.

Se trata de unos *Breves apuntes biográficos del Excmo. Sr. D. Luis Antúnez y Monzón, gobernador civil de esta provincia, escritos por todo el pueblo graciense, sin distinción de partidos políticos*...

---Pues ¿no ha dicho Vd. que el autor de esos apuntes es el señor Pons Sans?

---¡Es verdad! Pero ese señor asegura que él no hace más que *condensar* «lo que el vulgo cuenta, lo que la fama repite, lo que la gratitud ensalza y lo que la honradez aplaude.»

Y de ahí deduce que todo el pueblo graciense ha escrito esos apuntes.

---¿Y la cosa les ha hecho gracia á los de *Idem*?

---Hasta ahora ninguno ha protestado.

---¡Bueno! Pues sean de Pons ó del pueblo esos apuntes ¿qué cuenta el vulgo?

---Ahora lo diré; pero conviene antes saber que todo eso ha debido *condensarse y tomar forma* porque el *aplauzo y la admiración* que BROTÁRA DE TODAS LAS BOCAS tuvo necesidad de ello.

---¡Eso no me importa! Lo que cuenta el vulgo es lo que deseo averiguar.

---Voy á referírselo á Vd. en dos palabras, porque el pueblo graciense, ó el señor Pons Sans, emplea nada menos que doce páginas.

---¡Pronto! Que ya me *brot*a la admiración.

---El señor Antúnez nació en Canarias.

---¡Canario!

---Sí, señor. En el folleto no nos dicen si fué á la escuela y sólo nos hablan de su vida política, que empezó en el año 1881, en que fué de gobernador á Orense, donde le nombraron hijo adoptivo. Luego estuvo en Córdoba y en Lérida y en Búrgos, capitales que, según parece, no suelen adoptar hijos. Pero vino á Barcelona y se presentó un día en Gracia, donde también le hicieron hijo adoptivo.

---¡Ah, ya lo comprendo! Eso es cosa de la Providencia, que viendo al señor Antúnez obstinado en no casarse, le ha dicho:---Ya que no quieres hijos... ¡te voy á cargar de padres!

---¿Y qué ha hecho el señor Antúnez para que le adoptaran?

---Adoptar también... medidas sanitarias.

---¡La construcción de las alcantarillas!

Porque, como dice el señor Pons: «el obrero pide pan y trabajo, y si sus viviendas no pueden ser grandes y lujosas como las de los magnates, désele al menos *sol y aire*, pero *aire puro*.»

---¡Tiene razón! Con un alcantarillado bien construido puede *señarse* la atmósfera, y así el obrero-- y el que no lo es--tiene *aire puro*.

---Y el sol ¿qué papel representa en las alcantarillas?

---Ninguno... A no ser que salga por ahí algunas veces...

---Como otras sale por Antequera.

---De allí es hijo Romero Robledo.

---¿Adoptivo?

---No, señor, natural y legítimo.

---¡Hombre, volvamos á las alcantarillas!

---¿Qué? ¿Somos acaso redactores del *Diluvio*?

---Quiero decir que volvamos á la cuestión. ¿De modo que Gracia está muy agradecida al Gobernador por haber este iniciado tan notable mejora?

---¡Eso es! Oiga Vd. los términos...

---Sí, sí... ¡terminemos!

---Los términos en que se expresa el señor Pons Sans, dirigiéndose á Antúnez:

«Gracia no olvidará nunca cuanto por su prosperidad *HICISTE*, y si el destino á otras tierras os lleva...

---¿Sabe Vd. en qué se parece Antúnez á Dios?

---En que gobierna los pueblos...

---¡Cál! En que á ambos lo mismo se les trata de vos que de tú. Pero...

... ¡tú, oh Antúnez, aunque el destino, mejor dicho, aunque Sagasta con un destino os lleve á otras tierras donde fuereis... *haz* lo que vieres!

---¡Está Vd. imprudente!... ¡Cierre esa boca!

---No puedo, porque, en estos momentos, *brot*a de ella la admiración que siento por el Gobernador... y por el autor de los apuntes.



Amigo Diego:

En tu artículo *Pandemonium*, inserto en el número 90 de nuestra muy querida SEMANA CÓMICA, en que tratas de don Antonio Cortón y de la obra que con aquel extravagante título ha publicado tu paisano, emites tu opinión sobre el libro y el autor.

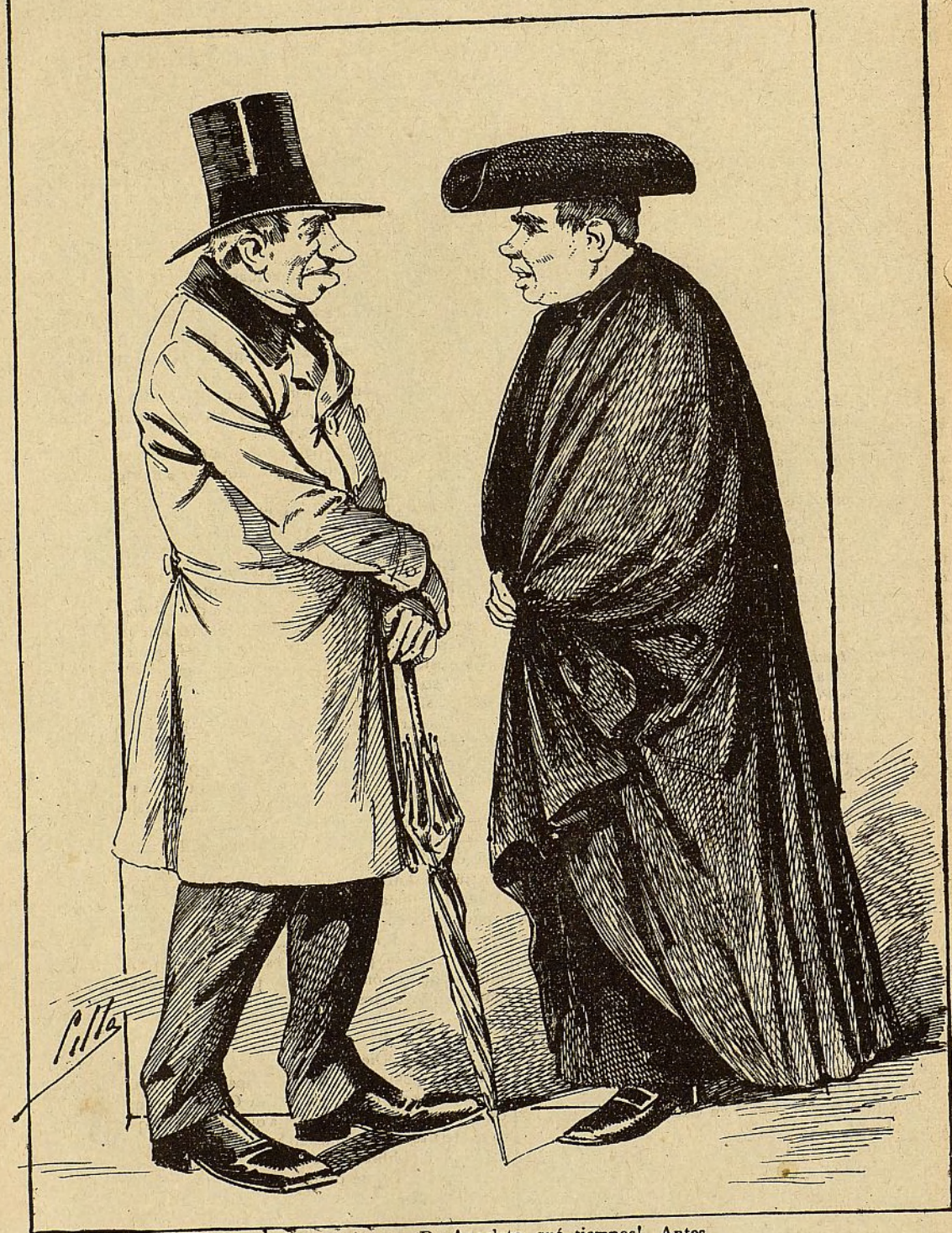
¡Siento tener que decirte que no estoy conforme con tu opinión!

El patriotismo te ciega.

¿De dónde has sacado tú que Cortón es crítico?

De *sátira y crítica* dice que es su *Pandemonium*. *Sátira* bien entendida hay en algunos capítulos, pero *crítica* en ninguno.

ACTUALIDADES



—¡Qué tiempos, D. Anacleto, qué tiempos! Antes los ministros del Señor hacíamos tantas conversiones...

—Pues mire Vd.: ahora unos ministros, que no son del Señor, van a hacer otra.

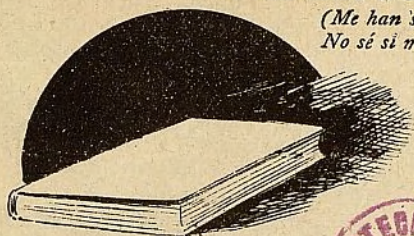
—¿Si?

—Sí señor: ¡la de la deuda!

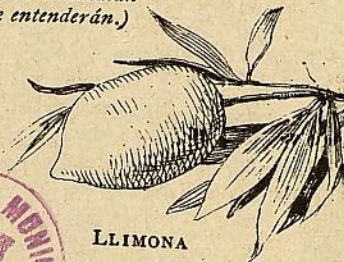
Ayuntamiento de Madrid

APELLIDOS BARCELONESES

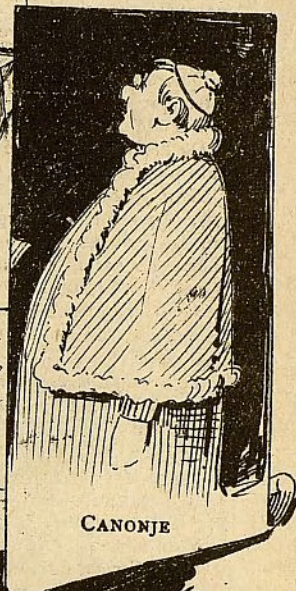
(Me han 'salido en catalán
No sé si me entenderán.)



LLIBRE



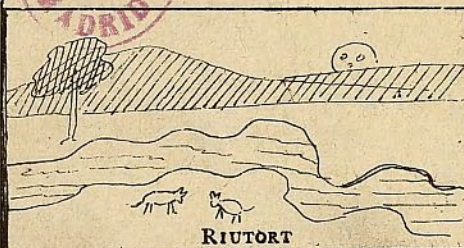
LLIMONA



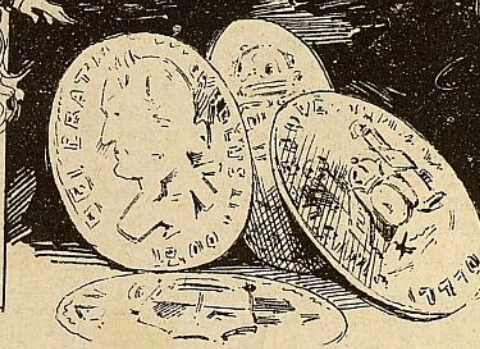
CANONJE



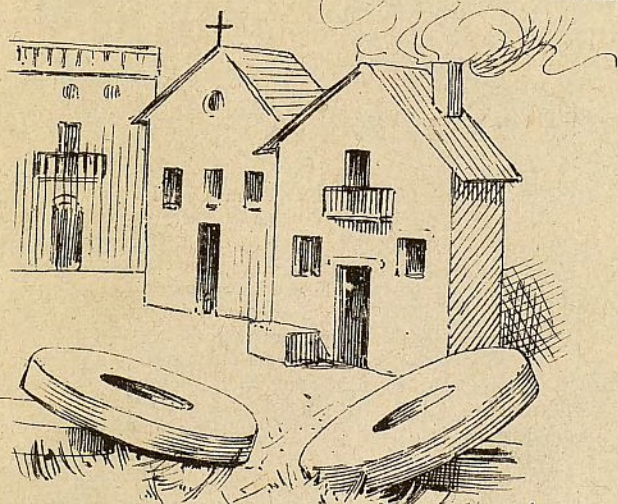
MARQUÉS



RIUTORT

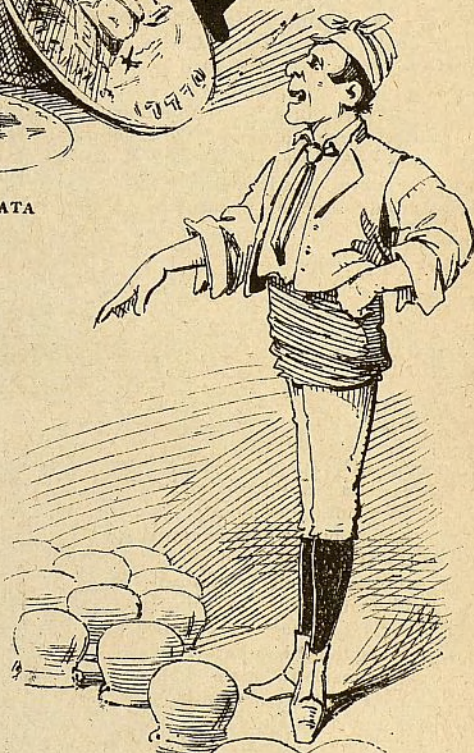


BONAPLATA



MOLAS Y CASAS

Xorale



OLLER

De Becquer nos cuenta lo que de puro sabido se calla.

De *Batalla de reinas* asegura que es un drama muy malo, sin examinarlo ni analizarlo, ni nada. Sólo dice que la de los Berengueres es una familia que le carga. ¡Argumento contundente!

Quiere que sepamos *quien es Clarín* y llegamos á saber que un día comió en casa de Labra y que habló con Gaztambide y con Vizcarrondo.

De Perez Galdós ¿qué opina? Que no debe ser diputado por Puerto Rico.

Et sic de ceteris.

¿Y dices, querido Diego, que Cortón «no es uno de tantos escritores festivos, perfectamente inútiles, que se mueren por un equívoco y á todas las suegras llaman tigres y cornudos á todos los maridos»?

Si no fuera tarea tan pesada, te citaría los artículos de ese libro, en los que solamente hay suegras, cornudos y equívocos.

Véase *La Correspondencia*, las *Horas perdidas por el señor Quisado*, la *Carta al cura de Aibonito*, *Mi único amigo*, etc.

¿Y la repetición de chistes y frases? No hay artículo en que no hable de Pérez Galdós y de Clarín y de las literatas, con las cuales hace también equívocos, no siempre de buen gusto.

Y en el citado *¿Sepase quién es Clarín!* sólo se sabe *quién es Cortón*, como crítico.

¿Cuándo se ha valido Clarín de conversaciones particulares para juzgar á un literato? ¡Nunca! Porque el eminente crítico astur ha comprendido que ese no es un recurso muy digno, que digamos.

Y ha cogido la obra del literato y la ha analizado y lo que su buen criterio le ha dictado lo ha expuesto en ese estilo encantador y peculiar, que es la envidia de otros críticos... ó *sátiros*. De Cortón, por ejemplo.

¡No hay que darle vueltas! Toda esa pandilla biliosa que se revuelve contra Clarín, no podrá destruir la popularidad ni la autoridad que éste ha alcanzado, como crítico.

¡Pobre Cortón!... ¡Pobre Bonafoux!... ¡pobres críticos ultramarinos, incluso el mismo Bobadilla,—para que veas que no estoy afiliado á una escuela determinada—pobres! Les ha sucedido lo que á algunos frutos y guisos de aquellos países.

Allí son manjares deliciosos que sientan divinamente; pero en la Península quiere uno probarlos... ¡y se le indigestan!

✱

«Las misas que se celebran los domingos en la Iglesia de la Ciudadela se ven muy concurridas.»

¿Por qué?

Porque, al fin y al cabo, la moda ha tenido que penetrar en la mismísima casa del Señor.

¡Yo no entro, ni salgo!

Ni en la Ciudadela, ni en la cuestión.

Pero me pregunto, á solas: ¿Si el *conocido joven don Fulano* no tocase el violín, si el *distinguido caballero don Zutano* no tocase el armonium y si la *bellísima Perengana* no cantase en el coro, la *distinguida concurrencia* que llena el templo de la Ciudadela, se acordaría de que allí se dicen misas?

¿Y le parece á Vd. bien eso de anunciar el programa del concierto religioso, como, por reclamo, pudiera hacerlo cualquiera empresa teatral?

¡Eso ya es tocar el violón!

¿Y la reseña de la fiesta que hace, al día siguiente, en su periódico un crítico acreditado, que en dichos cantos *acompaña* á las señoritas?

—¡Me parece muy bien!

—¿La reseña?

—No, porque suele ser bastante mala. Lo que me parece buena idea es esa de *acompañar* á las señoritas.

—¡Ah, pillín!

Pero hay que convenir en que si no fueran tan *conocidos y distinguidos* los *ejecutantes*, su Divina Magestad se quedaría muy solita en la Ciudadela.

✱

El domingo, por la mañana, encontré á don Gregorio, que iba desesperado.

—¿Qué le pasa á Vd?

—¡Busco á mi mujer! ¿Dónde se habrá metido?

—No se apure Vd. Estará en la iglesia de la Ciudadela... ¡de fijo!

—¡Cál! ¡Si dicen que allí no van más que *fieles*!

JUAN DE LA CRUZ FERRER.

EN EL BAILE DE MASCARAS

I

—¡Oye, papá!... —Ni una frase escucho sobre esa fiesta. Es inmoral, deshonesto, é impropia de nuestra clase.

—Papá, me has dejado frío

con tan singular *retáhila*

Hoy en sociedad se baila...

—¡Mas no hay chulas, señor mío!

Según me han participado,

á ese teatro irá gente

que tu nombre no consiente

que la mires á tu lado.

—¿Qué pensaré el mundo todo?

La familia, ¿qué diría?

¡Yo siempre de cofradía,

y tu siempre envuelto en lodo!

—Tengo un disfraz prevenido, y así la maledicencia

no puede...—Dí: y tu conciencia,

¿sabrá ó no, que has delinquido?

—¡Padre!—Basta la razón

de que yo lo ordeno así.

Vete á descansar, pues... y

cartuchera en el cañón.

II

—¡Bueno! me estaré en la cama

hasta una hora conveniente.

¡Hombre! sería decente

que faltase yo á mi *dama*.

Una flor, una paloma,

con dos ojos como platos,

con la que paso unos ratos

que envidiaría Mahoma.

Que me agasaja y me mima;

y á quien agasaja y mimo;

y á veces me llama: ¡*primo*!

y yo la contesto: ¡*prima*!

Una chiquilla que encierra

más aire, más gracia, y más...

¡Voy, aunque ardan todas las

cofradías de la tierra!

El baile brinda á gozar;

hace animoso bullir,

y nos ayuda á dormir,

y... suele traer que rascar.

Pero á él me rindo sin pena,

porque cumple mi deseo..

¡Padre! tu abraza á Morfeo.

¡Yo abrazaré á mi morena!

III

Ensordecedor bullicio

domina en la extensa sala...

El carnaval hace gala

de su cabeza sin juicio.

Ríe, brinca, corre, excita,

compromete, alienta, exalta...

A uno le encuentra una falta;

¡Vaya un golpe!... ¡Habrase visto!
¡Turco!... ¡Perdido!... ¡Só feo!!

Pues, hombre, está preparada la masa... ¡Pase el inglés!
¡Calle, una Flora!... Ella es...
¡Demonio, y va acompañada!

¡Tiene gracia! Pago yo todo el gasto, ¡una bicoca!

¡y esa grandísima... loca
se vá con un dominó!

Y ese hombre parece... ¡Quiá!
¡pero sí!... y luego me tacha...

No hay duda... ¡su voz!... ¡su facha!
¡Justo cielo! ¡¡mi papá!!

¿Y ella?... Con este jaleo
no la voy á encontrar... ¡Cristo!

Ensordecedor bullicio
domina en la extensa sala

pero, al fin, viendo imposible la salvación en sus fuerzas, comprendiendo que les falta poder para la defensa cuando sienten en sus pechos que el desaliento les ciega, confían solo en la Virgen, la patrona de su aldea, y se postran de rodillas implorando su clemencia.

Siguió flotando la barca
sin palos, timón ni velas,
escondida entre las olas
á merced de la tormenta
con aquellos desdichados
mártires de la pobreza,
que aún esperaban auxilio
de la Virgen de su aldea,
sujetándose á la débil
armazón de tablas viejas
con ansia tal que clavaban
las uñas en la madera,
hasta que un supremo golpe
levantándoles con fuerza
les arrojó impetuoso
contra unas rocas inmensas
donde quedaron sus cuerpos,
destrozados en las piedras.

—¡No *sus* apureis!—les dice con voz potente el *Lamprea* —*pá* otros será una *disgracia* perder su vida y su hacienda, pero debemos *sufri*lo con *disprecio* y con *pacencia* los *probetucos* que estamos *avezaos* á la miseria.»

Ni parecen consolarse
con tan sencillas arengas,
ni disminuyen los brios
que el desconsuelo les presta;

y se quedó tan oronda
la Divina providencia!

—¿Y también *sabusté* que á la *Pasera* le?...—Sí, hombre, ¿cómo no? Dos siglos antes de *custé nasiera* ya lo sabía yo.

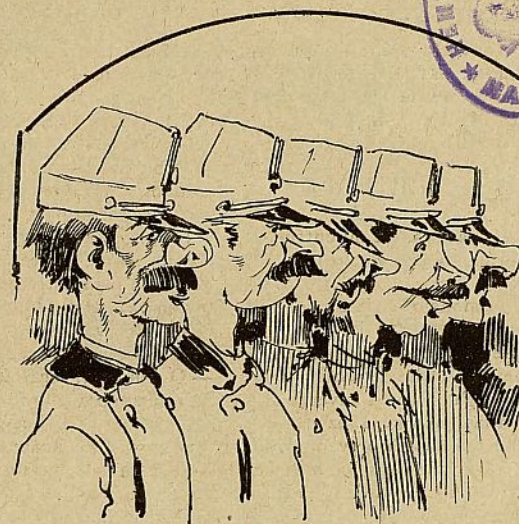
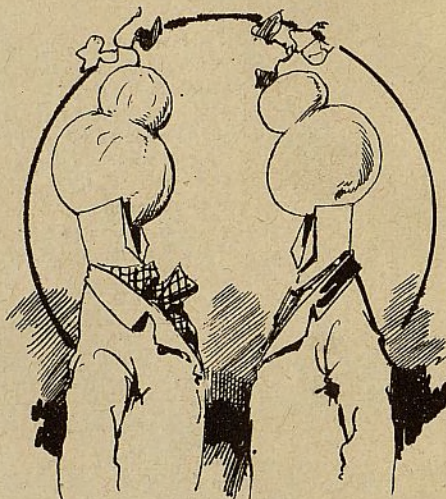
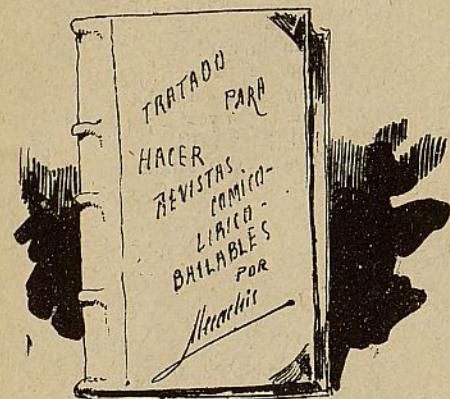
—*Pué ser*. Pero *usté inora*, tío Canuto, *que...*—[Hombre, cástese *usté*!]

—Pero *usté inora* que *usté mu bruto*.

— ¡*Pus* vaya si lo sé!

EUGENIO SANCHO MONTAUD.

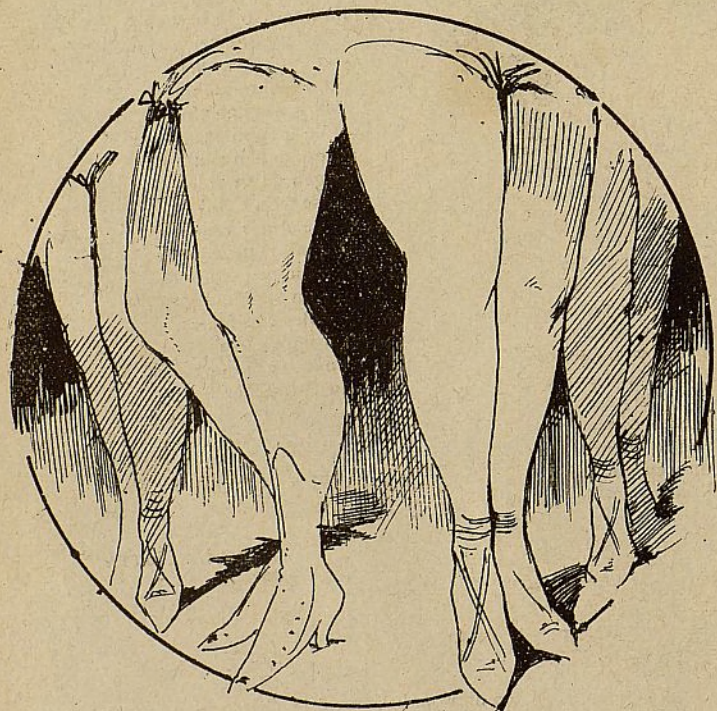
PORNOGRAFIA TEATRAL



Se reunen dos autores (por que para que salga bien la cosa deben ser dos.)

Y empiezan la obra el indispensable coro de ratas.

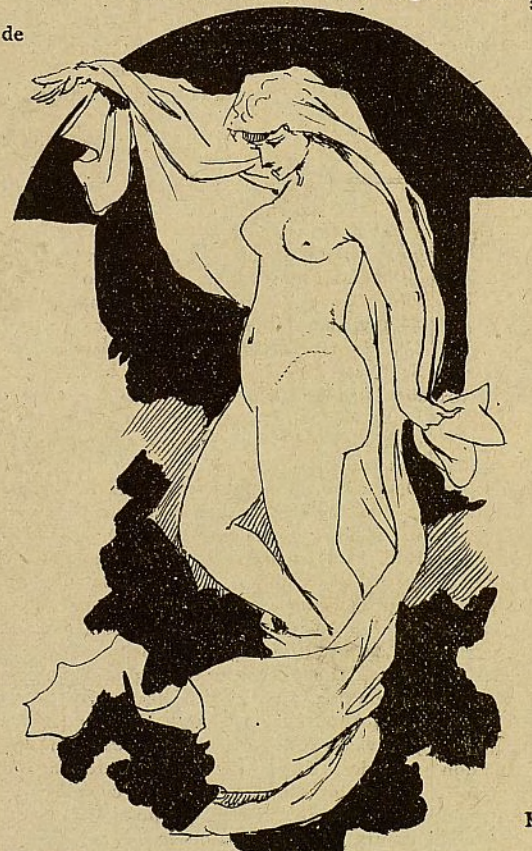
Enseguida ¡claro! viene otro de guindillas; al que sigue el correspondiente solo de cesante.



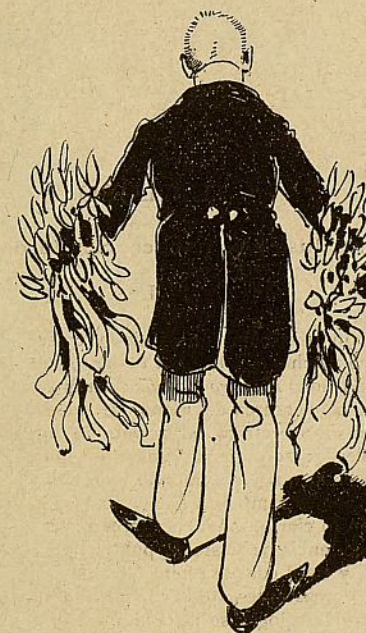
¿Que no se consigue así el efecto apetecido? Pues colección de pantorrillas al canto.



¿Que tampoco? Pues...



Pero el recurso magno, la salvación de la obra, estriba en presentar una *Eva* que se baile un tango con mucho aquel y muchísima desvergüenza



Hecho lo cual, ¡oh jóvenes! el éxito es seguro.

GUAPAS Y FEAS

I

¿Sentir amante pasión
por una cara bonita?
¡Señores, se necesita
tener poca reflexión!

Yo del orgullo protesto,
y las mujeres hermosas
suelen ser muy orgullosas
y siendo así, las detesto.

No sé si la caridad
será la que á mi me guía,
pero siento simpatía
por las feas, la verdad.

Su condición es sencilla;
más que la guapa, ilustrada;
si no es por bella nombrada,
por su saber maravilla.

Para dar á demostrar
lo prendado que yo estoy
de todas las feas, voy
este anuncio á publicar:

«Vivo en la calle del Gato,
cuarenta y siete, primero;
soy jóven, tengo dinero,
buen porvenir y buen trato.

Casarme pronto ofrecí,
pero no con guapa y rica,
pues yo prefiero una chica

que me guste sólo á mí.
Y así, quien fea se crea
venga á verme sin recelo,
que las feas son mi anhelo
y mi esposa ha de ser fea.»

II

—Que pase ya. (A mi entender,
produjo el anuncio efecto.)

¡Si es un modelo perfecto
de hermosura esta mujer!

—¿Le produzco á usted estrañeza?

—¡Cómo no la he de sentir!

—No ha llegado usted á advertir
que con las guapas no reza?...
—Por eso mismo he venido.

—Pues, hombre, no se comprende...
—Es usted quien no lo entiende;
mejor: quien no lo ha entendido.

—Pues mi esposa ha de ser fea.
—¡Qué poco ducho es usted!

—¿Por qué?—Pues solo porque
no hay fea que serlo crea.

—¡Luego no vendrán aquí!

—Vaya si vendrán, gazapo,
si dice usted que es muy guapo
y empieza el anuncio así:

«Mujer de belleza extraña,
que quiera tener marido»...

Dicho esto, hubieran venido
todas las feas de España.

—¡Se cumbe así mi ideal bello!

¡También ellas vanidosas!

—Mucho más que las hermosas,
sin tener razón para ello.

Jóven, me voy orgullosa,
porque no me quiere usted,
pues esto demuestra que
soy en verdad muy hermosa.

—No os vayais; dejad que os vea...

Usted no se marchará.

—Que horror! ¿acaso estoy ya
pareciéndole á usted fea?

—Señora ¿qué dice usted?

¡qué rostrol ¡qué cuerpecito!

—Ha cambiado usted un poquito.

—¡Toma, y lo que cambiaré!

Después de estar convencido

de pretensión tan injusta,

ninguna fea me gusta

para ser yo su marido.

Y para que así lo creas,
voy á estártelo probando
siendo tu esposo... ¡y andando!
¡qué se fastidien las feas!

F. ULACIA BEITIA.

LA PRENSA DE MADRID

EL GLOBO.

(Diario ilustrado, político, científico y literario)

I.

Tomo al azar un número de la colección de este periódico y échome á la cara lo siguiente: Primer artículo: se titula *Nuestro grabado*: en él se dá una breve explicación acerca del monigote que sale á luz, y que parece ser un retrato, al carbón, de don Emilio Castelar, desfigurado por la viruela.—Segundo artículo: se trata de demostrar al mundo que todas las fracciones republicanas caminan á su perdición y que solo Castelar está en lo cierto.—Artículo tercero: extracto de una correspondencia de Castelar, publicada en *Le Gaulois*, de París, y en el cual se repite, entre una marejada de adjetivos coruscantes, lo ya consignado en el artículo anterior.—Necrología: se llora la prematura muerte de don Juan López, escribiente del señor Castelar.—Ecos políticos: en esta sección de cabos sueltos, se dá contestación enérgica á las cuchufletas de los otros periódicos, con motivo de la última oración parlamentaria del señor Castelar.—Telegramas: la colonia griega de París felicita con entusiasmo al señor Castelar; también le envían felicitaciones telegráficas los musulmanes de Constantinopla.—Cuerpos Colegisladores: Senado: Discurso del señor Abarzuza, exponiendo las sanas y salvadoras doctrinas del Sr. Castelar.—Congreso: discurso íntegro del Sr. Castelar.—Correo de provincias: en esa sección se dá cuenta del entusiasmo que causó en Mondoñedo

y en Avila el último discurso del Sr. Castelar.—Sección de noticias: se participa al universo lo que ha hecho, lo que hace, y lo que se propone hacer el Sr. Castelar.—Movimiento bibliográfico: crítica entusiasta de *La Galería histórica de mujeres célebres*, último libro del Sr. Castelar.—Gaceta oficial de hoy: Ministerio de Fomento: Real orden disponiendo que, con destino á bibliotecas públicas, se adquirieran trescientos ejemplares de la obra titulada *Biografía de Castelar*.—Santo del día: San Emilio Castelar.—Anuncios de espectáculos: Opera: Función 109 de abono: *Il barbiere di Castellar*...

Y es lástima, hombre. Es lástima, porque en la casa de *El Globo* hay talento. Allí hay un D. Pedro Moreno Rodríguez, ex-ministro, que dirige aquel cotarro y que escribe con todas las galas y primores de un hablilla de primer rango; allí hay un Troyano, redactor en jefe, cuya ilustración y buen sentido son elocuente testimonio del valer de la prensa española; allí hay un Alfredo Vicenti, poeta gallego de original inspiración y prosista de atildado estilo; allí escriben, en fin, Aura Boronat, Joaquín Mazas, Manuel Matoses (*Andrés Corzuelo*) y Salvador Rueda, que hacen, cada uno en su género, verdaderas filigranas. Y si se quieren más gollerías, allí se descubre también, de vez en cuando, esa prosa grandilocuente de Castelar, que no se confunde con ninguna otra. Todos estos primores y además un grabado que representa la ciudad de Chuquisaca en Bolivia, ó el castillo de San Antonio en la Coruña, se ofrecen al público por un perro chico.

Castelar ha sido ingrato con esos redactores de *El Globo*, que en alguna ocasión se han batido por defenderle; él, que ha solicitado en las últimas elecciones el apoyo del gobierno para hacer diputado á su escribiente, un buen mozo conocido en el siglo con el nombre de Juan Alvarado, no se dignó nunca de llevar al Con-

greso á esos valientes escritores que, hace trece años, sostienen, en todos los terrenos y con toda especie de armas, la causa del *marido satisfecho*.

Pero no hay que lamentarlo; ellos se merecen eso y

mucho más. Porque *El Globo* casi y sin casi no es ya un periódico: es el pebetero de D. Emilio.

ANTONIO CORTÓN.

ORIENTAL

(Recuerdo del Generalife)

«Abre la puerta del cielo;
abre la puerta, sultana,
que por caer ya en tus brazos
el cansado cuerpo clama;
que la fatiga fué mucha
y sangrienta la jornada,
y la mano que terrible
empuñó la cimitarra
la muerte doquier sembrando,
rendida de la matanza,
en los copos de tu pecho
reposar pretende blanda.
De los roncós atabales,
de las cajas destempladas,
sonoros besos simulan
el tronar en la batalla;
tus miradas dardos sean,
que traidores siempre matan;
nuestros juegos y caricias,
nuestros gritos y palabras,
del horrísono combate
me recuerden la algazara.
La victoria será tuya,
será tuya, bella Zaida,
que en tus brazos prisionero
quedará de buena gana,
entregándote mi cuerpo,
y entregándote mi alma.»
A las querellas del moro
contestó una carcajada,
buena muestra del despecho
que celosa siente Zaida...
—¿Te arrojé ya, mi señor,
de su lado tu Zoraya?
¿Te empalaga ya la miel
que gustoso antes libabas
del panal de aquella boca?
¿Por ventura no te halaga
el balance de su talle
y de sus caderas anchas?...
¿No te gustan sus cantares?
sus arrullos ¿no te agradan?...

Pues entonces ¿á qué vienes
llamando, señor, á Zaida
si Zaida no te enamora,
si Zaida solo te cansa!...

—Por Alá, Zaida, te juro
que me causan tus palabras
tal dolor, que el corazón,
amoroso se desangra.

Abre presto, mi lucero;
abre presto, bella palma,
que la ofrenda deposite
de mis besos en tu cara.

—Abriré si me concedes,
mi Señor, pequeña gracia...

—Concedida, mi tesoro;
dila pronto, mi sultana.

—Tantas veces vos entreis
por la puerta de esta sala,
otras tantas se abrirá
la mazmorra donde guardas
al cristiano, que cautivo
hicisteis en la batalla.

—¿Pides mucho!...

—¿Eres celoso?

¿El cristiano por Zoraya!...

¿Qué respondes, dí, mi dueño?

—Pide otra cosa, Sultana...

—Alá te guarde, señor,
y te deje ver el alba.

II.

A la postre el moro ha entrado
en la perfumada sala,
y allí duerme muellemente
en alfombra recamada
de flagrana costosa
por lo rica y por lo rara.

Espantosa pesadilla
á Mohamed roba la calma
y despierta temeroso:

—¿Zaida! grita. ¿Zaida, Zaida!...

Pero Zaida no contesta,
ni en el camarín se halla.

Cuidadoso Mohamed, presto
de su lecho se levanta,
se dirige al ajimez
mientras murmura en voz baja:
—Caprichos de mi tesoro,
rarezas de mi sultana...

¡Por Alá, que hermosa luna
al Generalife baña!...
El moro tiernos suspiros
de su triste pecho lanza
y sus dulces ojos miran
al palacio de la Alhambra,
cuyos altos chapiteles
semejan torres de plata
á los brillantes reflejos
que la luna suave irradia.
En el jardín se percibe
rumor de confusa habla.

Su atención el rey concentra
en dos sombras, que aunque vagas,
claramente se distinguen
al pié de gallarda acacia.
Se oye un beso tan sonoro
que á la música aventaja;
Mohamed, arrugado el ceño,
más se fija, más repara,
lanza un grito de coraje,
y con mal tenida rabia,
acaricia el corvo alfanje
y así dice: —¿Torpe Zaida!
¡al cariño que te tengo
la vida debes, ingrata!..
Juramento! me arrancaste
—y hoy comprendo por qué causa—
de no entrar por esa puerta
si también no franqueaba
la del cristiano cautivo
en cuyos brazos te hallas.
¡Yo no faltó al juramento!
mas escucha, bella Zaida,
¡no entraré más por la puerta!
¡entraré por la ventana!...

ANTONIO BELTRÁN MORENTE.

VIAJE DE BODA

Pepa, jóven inocente,
á una amiguita decia:
«Con mi novio, Rosalia,
he acordado lo siguiente:
Por Septiembre huyo con él,
y como puedo gastar,

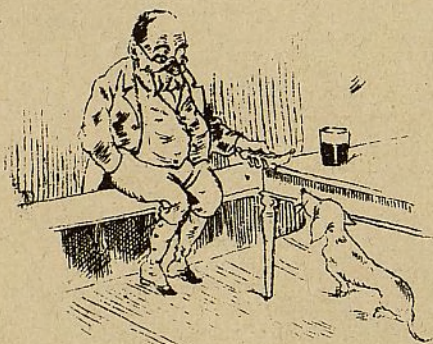
viajando hemos de pasar
la mejor luna de miel.

Visitaremos Hamburgo,
Roma, Nápoles, Lucerna,
Neufchatel, Ginebra, Berna,
Londres y San Petersburgo.

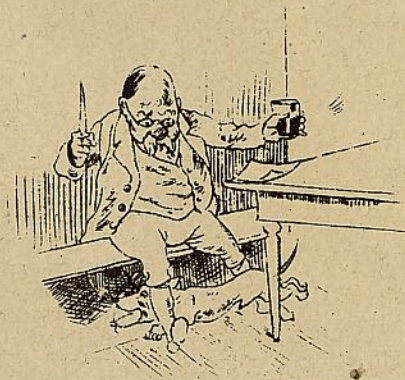
Luego me lleva Genaro
al Mont-Blanc y al Mont-Cenis
y en Junio voy á París,
y de viajar harta, paro.»

F. DE ASIS JIMEN EZ MOYA.

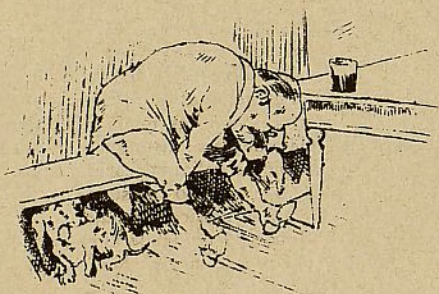
VENGANZA FRUSTRADA



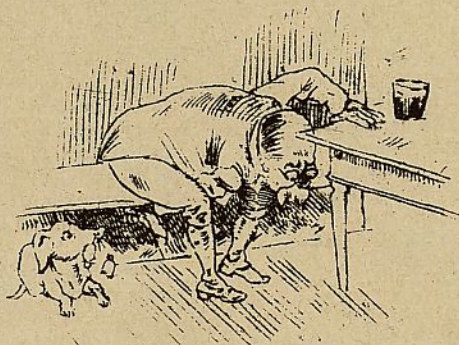
— Quieto, León, quieto, y te daré un poquito de mi merienda.



Pero León, que ¡or lo visto tiene un hambre verdaderamente canina, arrebató su merienda á D. Celestino;



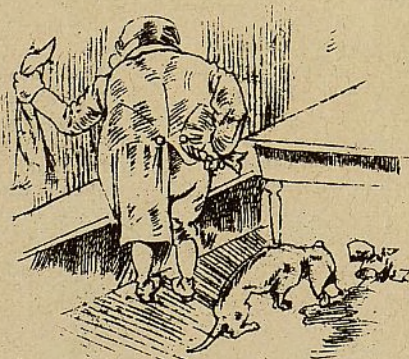
el cual procura recobrarla



y lo procura con tanto empeño



que al fin se queda entre las manos con algo que no era la cola del perro;



como Vdes. pueden ver.

LA FORTUNA

Estaba la puerta abierta de mi casa—siempre escasa de toda rapaña cierta,—y sin llamar á la puerta la Fortuna entró en mi casa.

A no haberla conocido, yo la hubiese reprendido tal exceso á aquellas horas, pero como siempre he sido galante con las señoras...

—Señora, ¡cuánto placer...!

—Es mio, puesto que vengo.

—Sentaos—No puede ser...

—Como gustéis.—Porque tengo muchas visitas que hacer.

Anda una atareada siempre, y tan solicitada de toda la gente es una, que nadie sabe hacer nada sin contar con la Fortuna.

Pues parece, y es lo fijo, que no hay nada que me iguale, desde que hubo uno que dijo: «Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale.»

Está bueno el mundo. Así es como acuden á mí, portentos pidiendo que obre, el que es pobre... porque es pobre, y el que es rico... porque sí.

¡Cuánto afán, que me sofoca! ¡cuánta visita importuna...! y lo chocante es que choca que esté loca, pero loca rematada la Fortuna.

—Señora, de vos en pos —y perdonad la indirecta— voy yo también, pues que á Dios le plugo que fueseis vos hija suya predilecta.

—Ese es un error profundo de los muchos que aquí abajo existen ¿No es más fecundo que yo el Trabajo?—El Trabajo, señora, no es de este mundo.

—¡Cómo!—Lo es, pero poco vale.—¿Y la Honradez?—Tampoco vale mucho.—¿Y el Talento?—El Talento tiene asiento

generalmente en un loco.

—Esa es una aberración....

—Que han sufrido muchos antes.

¿Conocisteis á Colón?

¿sabeis quién fué Calderón?

¿quién Diógenes? ¿quién Cervantes?

Sócrates ¿sabeis quién era?

¿Servet quién era sabeis?

—No, ciertamente.—Ya veis.

—No conocí ni siquiera á uno solo de los seis.

—Ellos tampoco tuvieron, señora, de vos memoria,

pues, según dice la Historia, los peles prefirieron á la Fortuna la Gloria.

—¡Bien entonces les iría con esa impía mujer!

—¿Decís que es mujer impía la Gloria?—¡No lo ha de ser!

—Perdonad; ¡no lo sabía!...

—Es impía, aunque muy bella; pero holgazana como ella sola, y de gran desparramo...

¡como que siguen su huella el Talento y el Trabajo!

¡Qué mujer! ¡Cuánta simpleza es la suya! ¡Y de qué modo

hace alarde de nobleza, cuando nada vale todo lo que tiene en la cabeza!

—Decís bien, y bien se vé que en la Gloria, porque es vano todo en ella, nadie cree...

Yo por mí, renuncio generosamente á su mano

¡Ay! Hubo un tiempo en que mi mente finjó su hermosura

y mi corazón la di...

¡Qué amor aquel...! no sé si era amor ó era locura.

¡Etnica pasión la mía!

De mi ardiente fantasía en la región ideal,

me halagaba y sonreía con sonrisa angelical.

¡Cuánto el corazón la amó!

¡cuánto el alma que hoy se ensancha, con sus caricias soñó...!

¡Y qué buena fué la plancha cuando me dijo que no!

—Pues sus desdenés no llores aunque merezcan oprobios.

Es mujer de las peores, que concede sus favores, cuando muertos, á sus novios.

—No así vos, á quien aclama con acento tierno y vario el mundo, que tanto os ama.

¡Ah! sois la primera dama del mundo en el escenario.

—Muchas gracias.—Es así.

—¿Justicia?—¡Pues ya se vé!

—Eres muy galante, y...

Pero dime: ¿para qué me has hecho venir aquí?

—Para pedirlos, si fuera posible darla, la luna.

—Hombre, si yo la tuviera...

—Es decir, mejor quisiera la Fortuna, la Fortuna...

Voy de vos, señora, en pos y al no encontraros me afijo y clamo por vos á Dios...

y no es porque tengo un hijo, ¡es porque tengo ya dos!

—Complacerte es menester, y diré al Supremo Sér

que á tus súplicas me avengo, y... me voy ya, porque tengo muchas visitas que hacer.

—¿Volvereis?—Cuando no tenga tanta prisa como ahora.

—Cuando gustéis, y á la hora que os plazca; cuando os convenga...

¡pero no falteis, señora!

Ved que quedo con mis dos hijos, sin pena ninguna,

la fé puesta en Dios y en vos: que si puede mucho Dios,

también vos podeis, Fortuna.

Dijimos. Y con ligero paso se fué. Yo la espero,

porque el verla me conviene, y creo que vendrá... ¡pero verá usted cómo no viene!

DANIEL BLANCO.

EL LICOR DE LA VERDAD

Presentóse en cierta aldea, cuyo nombre no recuerdo, un vendedor ambulante de mil distintos objetos. Cintas, lazos, alfileres, peinetas, ligas, pañuelos, medias, sortijas, de todo llevaba el hombre en su cesto; pero lo que más llamaba

la atención en aquel pueblo, era un licor, encerrado en unos botes pequeños y que en opinión de todos por el diablo estaba hecho. *El licor de la verdad* llamábase el buen bohemio, y era, según él decía, maravilloso portento

de la ciencia de los hombres, ó la astucia del infierno, pues con él se descubrían, sin el más leve recelo, las faltas de las mujeres... las solteras, por supuesto; pues de las casadas... solo al marido importa eso. La muchacha que pasara

por ser doncella, sin serlo;
la que le diera á su novio
besos, á cambio de besos;
la que tuviera no más
un liviano pensamiento,
ó una intención lujuriosa,
ó un impúdico deseo,
probando de aquel licor
se quedaba sin cabellos
á la veinticuatro horas,
y algunas en menos tiempo,
según que la falta fuera
de intenciones ó de hechos.

Así pregonaba el hombre
ante el acónito pueblo,
que escuchaba silencioso
con mezcla de duda y miedo;

las mujeres, á una voz,
le llamaban embustero;
ninguna quiso creer
del tal licor los efectos,
y como no lo creían
ninguna quiso beberlo.

Pero un muchacho muy listo,
y que pasaba por memo,
porque de vivir á costa
de los otros halló medio,
se empeñó en saber si era
verdad ó mentira aquello;
compró unos cuantos tarritos
del licor; con gran misterio
se fué al campo, sin que nadie
se enterara de su intento;
buscó un manantial de agua

que se hallaba no muy lejos,
y era del que se surtía
la única fuente del pueblo;
lo encontró sin gran trabajo;
sacó del licor secreto
los tarros; echó en el agua
el contenido de aquellos,
y marchóse tan tranquilo
de su hazaña satisfecho.

A la mañana siguiente
con terror las gentes vieron,
que habían quedado calvas
todas las chicas del pueblo.

EDUARDO GARCIA.

CHIRIGOTAS

Me parece que no se habrán olvidado ustedes
de que mi único y exclusivo corresponsal en
Madrid...

—Si señor: es D. Julián Rodríguez que vive
en la Corredera Baja de S. Pablo...

—No señor... ¿ve Vd.? que vive calle del Te-
soro, 5, bajo, por que se ha mudado.

—Compadre, sáqueme Vd. de una duda.

—Explíquese Vd.

—¿Por qué en invierno siento tanto el frío
en los pies, que van abrigados, y no en la cara,
que va descubierta?

—Es sencillísimo. ¿No ha oído Vd. decir que
la temperatura está *baja* en este tiempo?

—Sí señor.

—Pues por eso, por estar *baja*, alcanza á los
pies antes que á la cara.

Por defender á una bella
dieron de palos á Diego;
ella lo siente en el alma,
pero él lo siente en el cuerpo.

V. MULLER.

«Mi querido Carlos: ayer me dejé olvidada
mi petaca de plata en tu casa. Hazme el favor
de buscarla y mandármela por el dador. Tuyo:
Luis.»

Después de escrito lo anterior, halla Luis su
petaca, abre de nuevo la carta y añade lo si-
guiente:

P. D.— «Acabo de encontrar la petaca y me
apresuro á comunicártelo para que no te moles-
tes en buscarla.»

Y manda la carta á su destino.

—Deme un medio contra el tedio,
queridísimo Doctor.

—No se apure Vd., Leonor,
que yo la buscaré el medio.

Sr. D. Antonio Ferrer y Codina.

Muy Sr. mío: por lo mismo que no me va ni
me viene nada en ello, quiero decirle que está
Vd. haciendo á los ojos del público un papel
tristísimo.

Que Vd. es un autor de talento, de verdade-
ro talento, lo sabe aquí todo el mundo. Yo de-
seo que Dios me conceda tantas pesetas como
veces me he deleitado alabándole y aplaudién-
dole á Vd. ¡Sería yo millonario!

¿Por qué, pues, se afana de aparecer inmo-
desto y pretencioso? ¿A qué esas furibundas dia-
tribas y ese revolverse contra la crítica, que en
uso de su perfectísimo derecho, juzga sus obras
dramáticas?

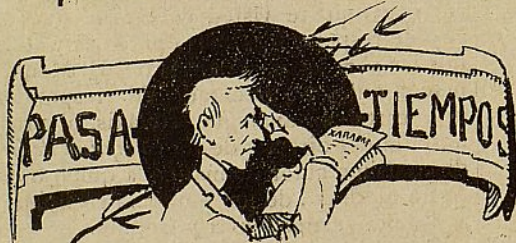
Cuando da Vd. una obra al público, debe
Vd. dejar que cada cual la juzgue como tenga
por conveniente. Usted tiene la *obligación pre-
cisa* de respetar todas las opiniones y acatar to-
dos los pareceres, desde el de D. Manuel Ca-
ñete, á quien ha intentado Vd. responder con
una carta sin analogía, sintáxis, ni prosodia,
hasta el del director de *La Campana de Gracia*,
discretísimo autor dramático, á quien trata Vd.
de un modo.... de un modo.... en fin, de muy
mal modo, señor Ferrer y Codina.

Con eso y con que deje Vd. de darse bombos
en el semanario que Vd. mismo dirige, se ganará
Vd., entre otros muchos, el aplauso entusiasta
de su afectísimo, s. s. y admirador devotísimo

LA SEMANA COMICA.

Imp. Militar, Arco del teatro, 9, pasaje

REFORMAS MILITARES



CHARADAS

I.

Porque la mula se *prima*
Benito grita: ¡*Segunda*!
y después de echar un *todo*,
se *prima* á buscar la mula.

II.

De *segunda prima* cerdos
cansado estaba Manolo
cuando á vender *tercia* y *cuarta*
ha venido hasta mi *todo*;
con *segunda terci*a piensa
llegar de su afán al logro;
mas como nada hay ya bueno
y está muy malo el negocio,
pasa sin *segunda* y *cuarta*
á menudo el pobre mozo.

EDUARDO VILLEGAS.

(Las soluciones en el n.º próximo)

SOLUCIONES

á los «Pasatiempos» del n.º anterior.

A la charada: COR-CHE-A

Al geroglífico: UNA DE DOS: EL PERAL
SALDRÁ BIEN Ó SALDRÁ MAL.